

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 21 de Julio.

El Eco de Cartagena

LA CAMPAÑA EN EL CENTRO.

La guerra civil, ese juego sangriento que nos aniquila y que tantas veces nos ha espuesto a ser juguete y ludibrio del extranjero, se ha producido desde 1834, á corta diferencia, del mismo modo, bajo la misma forma, ofreciendo las mismas fases, presentando las mismas peripecias, siguiendo las mismas etapas, desenvolviéndose en los mismos tableros. Esto, bien considerado, da una idea muy triste del estado de nuestro pueblo, de la organizacion de nuestro ejército y de la prevision de nuestros gobiernos, para los cuales diríase que han pasado completamente desapercibidos la filosofía de los acontecimientos y las lecciones de la historia.

Tenemos, pues, un pueblo sin energía, sin voluntad, sin iniciativa, desposeído hasta del instinto de propia conservacion, que se somete resignado al primer bandido ó al primer aventurero que á la sombra de una bandera política, ó no política, le exige contribuciones y lo sujeta á bandos en los que á cada artículo se impone pena de la vida; un pueblo que se doblega dócilmente ante la veleidad despótica de un cabecilla, oscuro ó criminal, que se proclama comandante general de una provincia al frente de una partida compuesta de hombres que, en su mayoría como decian nuestros antepasados, «deben la vida al rey.» Y sin embargo, ese pueblo que se somete como hechizado al capricho de un «condottiere», á veces ridiculo, se hombrera con harta frecuencia con las autoridades locales, resiste á sus agentes cuando se le antoja, y llega á crear de vez en cuando graves conflictos al gobierno que necesita emplear en determinadas ocasiones numerosas fuerzas para reducirle á la obediencia.

La organizacion de nuestro ejército no debe de ser tampoco muy apro-

piada á las necesidades del país cuando no se logra sofocar instantáneamente el motin popular que crece hasta la revolucion, ni la insignificante partida armada que concluye por convertirse en ejército y reunir batallas en las cuales son destrozados batallones mandados por militares de carrera, que se apodera de puntos fortificados defendidos por guarniciones numerosas, cuando no bloquea y amenaza las primeras capitales.

Tampoco han sido muy previsores los gobiernos que conociendo la propension de una parte de nuestro pueblo á la resistencia armada y á las aventuras belicosas, y la complicidad ó indiferencia del resto en las frecuentes y graves perturbaciones que ocurren en nuestra desgraciada patria, no se han procurado los medios de ahogar instantáneamente el motin popular, ni de aniquilar al aventurero político que enarbola el estandarte de la rebellion, ni de inutilizar ese tablero permanente donde se juegan siempre las partidas en nuestras luchas intestinas. En cualquiera otra nacion que no fuera España, despues de la guerra civil de los siete años y de las intentonas de 1847, 1855, 1860, etc., etc., cualquier gobierno, ante la posibilidad de la reproduccion de semejantes luchas, hubiese tenido un ejército activo capaz de ahogar instantáneamente el motin en las ciudades industriales, y una reserva suficiente para aniquilar la bandera de la rebellion en la provincia donde se levantara, lanzando contra ella cincuenta columnas en veinte y cuatro horas á ocupando militarmente la comarca en ocho dias y formando en ella una red de bayonetas. Asi se matan las sublevaciones de carácter político en su origen, y no enviando á un jefe con una fuerza de cien hombres á correr detrás de un cabecilla que lleva otros tantos condenándolo al suplicio de seguir su pista por un laberinto de barrancos y montañas lleno de burladeros, lo cual no evita que esa partida crezca y se subdivide y que al cabo de dos ó tres años de sacrificios, de sangre y des-

gracias sea necesario crear atropelladamente ejércitos numerosos que no pueden lograr ya lo que en un principio se hubiese alcanzado con la cuarta ó quinta parte de su contingente.

Perdónese nos esta pequeña digresion necesaria en nuestro concepto, aunque tal vez inútil, antes de entrar en materia, para ocuparnos en lo que se refiere al epigrafe de este artículo. En 1839, casi el séptimo año de guerra civil, despues del convenio de Vergara, se abrió una campaña activa en el Centro, que dió por resultado la pacificacion del país. ¿Será tambien esta vez la empresa del general Jovellar, precursora de la paz que tanto anhelan todos los españoles que posponen el partido á la patria? Este, entre todos nuestros deseos, es el primero y tambien el mas vehemente.

En el Centro, á imitacion de lo que se hizo en 1839, se han emprendido poco há operaciones en vasta escala y con grandes elementos, como si el gobierno esperase que el golpe que el carlismo reciba en el corazón, en el Maestrozgo, ha de debilitar los extremos hasta el punto de reducirlos prontamente á la impotencia. Conseguida la pacificacion del Centro será mucho mas fácil la de Cataluña, pues entonces existirá un gran vacío entre el Norte y el Este, vacío difícil de llenar, una interrupcion de comunicaciones entre dos comarcas y dos fuerzas que no podrá salvarse sino por la otra parte de los Pirineos, difícil á su vez si nuestros vecinos obran con el gobierno de buena fé.

Entonces la guerra quedaria localizada exclusivamente en el Norte en donde el general Quesada ha tomado tambien la ofensiva, y no cabe la menor duda que si el gobierno pudiera acumular sobre las Provincias vascas los grandes elementos empleados hoy en el Centro y Cataluña, aquellos fanáticos é incorregibles montañeses se verian obligados á depone las armas ante las fuerzas reunidas de la España airada que les pediria estrecha cuenta de los males causados á la patria y de la sangre derramada por ellos en sus cam-

pos, convertidos hoy en cementerio comun de las demás provincias españolas.

Si, hay que confiar en la pacificacion del Centro é inmediatamente en la de Cataluña, á donde acudirán todas las fuerzas que allí no sean necesarias. Con el regreso de las tropas que salieron del Principado, podrá abrirse entre tanto una nueva activa campaña contra las impotentes facciones de dicho territorio que, á pesar del abandono en que ha quedado, no han podido conseguir mas que el insignificante triunfo de Molins de Rey, pues ni ha sufrido ninguna de las pocas columnas que tenían que atender á comarcas vastísimas, ni se ha visto amenazado siquiera, como podia temerse, ninguno de los muchísimos puntos fortificados que una casualidad inesperada ofrecía á la codicia carlista.

En el Centro y en Cataluña la guerra debe terminar pronto porque ha perdido todo el objeto y la razon que pudo tener un día, porque ha tomado un carácter de rapacidad y de devastacion que irrita á todo el mundo, porque los mas obcecados comprenden ya que esa lucha es hoy tan estéril como injustificada.

En el Centro y en Cataluña la guerra ha perdido todo el carácter militar y de partido. Los cabecillas no empeñan ningun combate en el que no tengan la seguridad de llevar la mejor parte confiando en su superioridad numérica, no atacan ningun punto fortificado sino con el objeto de exigirles grandes cantidades y retener á su gente en las filas con el aliciente del saqueo y de la licencia mas feroz. Actualmente, en el Centro y en Cataluña, los carlistas no pueden ni deben considerarse mas que como un bandolerismo en vasta escala dedicado á la destruccion y á obtener dinero por todos los medios posibles, desde el convenio mas ó menos violento hasta el secuestro mas repugnante.

Ofreciendo la presente campaña del Centro cierta analogia con la de 1839 en cuanto á las operaciones y sus fines estratégicos, en otros artículos sucesivos haremos de ambas un estudio comparativo para deducir